

Crónica Literaria 707.651

Por ALONE

NUEVAS EDICIONES PÉREZ ROSALES.— (Edit. Fco. de Aguirre, B. Aires).— "El que todos los días no lee uno de los artículos de Sainte-Beuve, decía don Ricardo Dávila, estudiante a las "Causas de la Lucha", ¡es indigno de pensar de los beneficios de la civilización!" concluyó con una exaltación que le hacía temblar los espejos sobre la nariz.

Son poco usuales y escandalizan a algunos esas vehemencias del entusiasmo; pero lo deseáramos para el chileno culto, deseoso de conocer su tierra, cuando se nombra en su presencia el libro número uno de nuestra literatura.

No hay otro comparable en esa línea magistral. Ni más curioso, ni más ameno, ni más instructivo, alentador y revelador. En un verdadero espectáculo el día ese hombre que, por una especie de milagro, encarnó en una obra el momento mejor de su raza. Y esto sin haberse preparado ni desplegar muchas teorías, sin programas, sin disertaciones ideológicas ni tampoco demasiadas palabras: con hechos vivos, con casos concretos y un chorro de sabrosa y pintoresca humanidad que se siente palpar entre las manos.

Don Válgate no se creía escritor: ignoraba el orgullo. Empezó a contar sus recuerdos al modo periodístico, para desahogar su plenitud de experiencias y referir sus labores, sus aventuras, para evocar los sucesos extraordinarios que le hizo vivir la suerte y las observaciones que le iban surgiendo a medida que su relato avanzaba. Pero, aunque esta narración tenía como eje natural su propio yo, es admirable cómo logra no adelantarse al primer plano ni contar sus propias aventuras personales; lo que constituye el gran peligro de las memorias personales; y presenta un peligro que ni Rousseau ni Chateaubriand ni don José Victorino Lastarria lograron evitar.

Esta es la primera de sus capitales enseñanzas, una humildad elegante, un acento sencillo, la actitud un tanto escéptica que contrapesa el buen humor del caballero sometido a pruebas inusuales y cuyas andanzas por varios pueblos forman, sin pretenderlo, una cadena de episodios novelescos.

No era precisamente su fuerte la emoción, más cuando la tragedia sobreviene y recibe en París el último suspiro de Morán, exiliado, o presencia en Mendoza la ejecución de los Carrera, sus amigos, montado en la guardia que los llevó al patíbulo, la voz desenfadada le tiembla un poco y le cambia no para acercarse al desfate, sino al corazón del lector con quien la quiere compartir.

Se ha afirmado y se repite, con justicia, que "La Araucana" nos confirió el privilegio de ser el único país moderno nacido "al son de la trompa épica", como los viejos pueblos clásicos. Puede sostenerse que ninguna república hispanoamericana ha sido tan amorosa y bellamente servida en su nacimiento como la patria de Pérez Rosales.

He ahí su categoría.

A espaldas de cenáculos, mesas y doctores académicos, oficiales o universitarios, "Recuerdos del Pasado" ha hecho su camino edición tras edición, cada vez más vivaz y más chaparrita sobre su fondo histórico.

¿Qué número debería llevar la más reciente, impresa en Buenos Aires por la Editora Francisco de Aguirre, con acompañamiento de retratos e ilustraciones que la completan y enriquecen?

Ese dato falta.

Pérez Rosales no ha tenido aún, pese a sus muchos y sabios admiradores, el biógrafo y biógrafa summa, un tanto juicioso y exhaustivo, capaz de reconstruir su existencia e esclarecer la vida de su solo personaje hasta sus últimos respiros, al menos que pudiera suscribir esa exaltada exclamación de don Ricardo Dávila a propósito de Sainte-Beuve. Y que la confirmara perfectamente dando el ejemplo.

Le tiene bien merecido el insigne explorador.

Sería ciertamente larga su tarea, suficiente para llenar todo su tiempo; pero el que la emprendiera no quedaría defraudado.

La actualidad de los "Recuerdos del Pasado" tiene algo de pasmoso; diríase que crece con el tiempo y que las mismas diferencias y el contraste con el presente los colonian y prestan mayor relieve a medida que aumenta la distancia. Lo que desdichadamente a otros a él le refina.

En el efecto de su vitalidad profunda.

Se trata sin duda de un temperamento, excepcional por su resistencia, su optimismo en las adversidades y la tenacidad de sus ilusiones, perpetuamente renovadas, entre tantos desengaños y jugadas de la suerte.

Desde aquel increíble estierzo en las playas del Brasil, llevada por un inglés, huésped de su opulenta familia, del que el niño salvó por milagro, y luego la expedición señorial a Francia, con la flor y nata de los estudiantes que se embarcaron a Europa y, después, las travesías de la cordillera, sufridas heroicas penurias, hacia la quibética expedición a California, tras la quimera del oro ¿cómo no estuvo? Una como Providencia especial parecía conducirle allí donde algún suceso histórico iba a producirse para que lo atestiguara y conociera de viva a los próceres, protagonistas, a los Padres de la Patria, O'Higgins, los Carrera, San Martín, Cochrane, así en el Viejo como en el Nuevo Mundo, D. Juan de Rosas, el dictador de Argentina, desterrado en Inglaterra, o Silveira y Morán en Francia, y Dumas y las grandes celebridades contemporáneas, por todas partes pasó, ve, observa, interviene y escucha.

No se necesita más elegir.

Y ahora en ese inmenso repertorio se insisten reformas de nuestros tribunales, tomemos este episodio californiano de la justicia administrada al margen de las leyes populares y colectivamente.

Léase.

La curiosidad, su hada madrina, le hace asistir a un proceso público realizado en condiciones primitivas.

"Hicimos el encontradizo — escribe, pág. 404— y entré con los demás al tribunal, que era una gran bodega con una puerta en un extremo y una ventana alta en el otro, lugar que ocupaba el juez. El alcalde, después de un breve coloquio con los acusadores y con el reo, como "el tiempo es plata", se dio por enterado y, puesto de pie, dijo en alta voz:

— ¡Oigan! ¡oigan! ¡Condono al reo a cincuenta azotes que deben aplicarse en el acto!

"A la voz de cincuenta azotes, no tardó en contestar otra que, aunque agudamente y llena de hapos, articuló también un ¡oigan! ¡oigan!

"Todos miramos al lado de donde salía aquel berrido y vimos con extrañeza que los despedía un oreogón, quien, sujetándose apenas sobre los hombros de otros dos morenos compañeros transformados en tribunal, después de un cuervo ¡oigan! ¡oigan! de ordenanza, dijo:

— ¡Ciudadanos! Ya que el alcalde opina por la inmediata aplicación de cincuenta azotes a este ciudadano de los Estados Unidos, yo propongo que diez de nosotros llevemos al alcalde hasta diez millas de aquí a fuerza de posapiés en él...

— ¡Hurra! — exclamaron todos a un tiempo; y el mismo reo y todos los demás iban a lanzarse, ya sobre el alcalde, cuando éste, más ligero que un conejo, asistido por la ventana, logró hacerse humo entre las vestas escarapadas.

"Con semejantes jueces y semejantes litigantes no era, pues, de extrañar que las cuestiones en primera y en segunda instancia las dirimieran la pistola o el puño."

No es preciso insistir en comentarios al los prodios el autor. Los acontecimientos significativos se suceden y atropellan, inesperados, fecundos, en esa tierra de promisión que está plasmándose, cada cual con su conciencia implícita y su vana experiencia.

En el reinado del individuo, la simple, poderosa o dramática, corria con abundancia por la tierra y se derrama en el libro, admirable de impetuosos forajidos, presidida por un espíritu caballeresco arraigado en lejanas tradiciones.

Es el que predomina, un alma de conquistador y de fundador, el hombre en todo el empuje de su vida creadora.

Nuevas ediciones Pérez Rosales [artículo] Alone.

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1971

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Nuevas ediciones Pérez Rosales [artículo] Alone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa